

EL DOCTOR NICOLAS LEON SU VIDA Y SU OBRA

(6 DE DICIEMBRE DE 1859 — 22 DE ENERO DE 1920)

P o r E Z E Q U I E L A . C H A V E Z

Conferencia sustentada en el antiguo Paraninfo de la Universidad Nacional de México, la noche del 10 de marzo de 1937.

POR encargo del Director del Instituto de Psicología y Psiquiatría de la Universidad Nacional de México, vengo a honrar aquí al Dr. Nicolás León, recordando ante vosotros su vida y sus merecimientos, no porque no los conozcáis mejor que como yo los conozco, sino porque el modo único de revivir a los muertos consiste en acordarse de ellos.

I.—Su vida.

El Dr. Nicolás León nació el 6 de diciembre de 1859, en el pintoresco pueblecillo que al Noroeste del lago de Pátzcuaro, a los pies del cerro de Zirate, entre éste y Tzintzuntzan, la antigua capital del reino de los tarascos —en el vértice del ángulo recto del triángulo rectángulo, Santa Fe, Quiroga, Tzintzuntzan—, lleva el nombre ilustre, *Quiroga*, del primer Obispo de Michoacán, el grande educador, civilizador y evangelizador que hizo de los indios a quienes consagró su vida, sus hijos.

Tuvo sin duda por maestros el Dr. León, durante su infancia, las montañas y el lago, los árboles y las plantas de aquella región líbera y hermosa cuyo recuerdo es inolvidable, y las tradiciones de la extinguida grandeza de los indios precortesianos y de los beneméritos constructores de la organización posterior del nuevo pueblo indígena e hispano. Tales maestros le enseñaron a amar la naturaleza y la historia, las tradiciones populares y los recuerdos, la lengua musical y dulce de los antiguos habitantes, y a los descendientes de éstos. Todo lo llevó a observar desde niño los recónditos misterios de

las antiguas razas que superviven idénticas a sí propias en el mundo que cambia, y los secretos llenos de fascinadora atracción que revela a medias a quienes saben observarlos, la flora de un país que se mantiene virgen al través de los siglos.

Hechos en Quiroga, luego en Pátzcuaro, sus estudios primarios, estudios elementales, que, comunes para todos, ponen a todos los hombres en posible contacto intelectual —a veces, espiritual también— con todos los hombres, pasó luego al Colegio de San Nicolás de Hidalgo, en Morelia, cuyos patios, cuyos corredores, cuyas arcadas, cuyas aulas tienen la poesía de las cosas bellas que aroman la memoria de los hombres amados y la de los hombres admirados: allí, primero, la del Obispo ejemplar, D. Vasco, D. Vasco de Quiroga, que fundó el Colegio mismo en Pátzcuaro dándole el nombre de San Nicolás en recuerdo de la Parroquia de San Nicolás de la Villa de Madrigal de Castilla la Vieja, en donde en el último tercio del siglo XV, en el año de 1470, fue él bautizado; y la del gran fraile, amigo también de los antiguos indios tarascos, D. Fray Juan de San Miguel, que fundó ese mismo Colegio en la vieja ciudad de Valladolid: fundadores ambos de colegios diferentes, a la hora de la fundación ninguno de los dos sabía que sus dos Colegios, el de Pátzcuaro y el de Valladolid, andando los años iban a fundirse en uno sólo, en el que se entremezclarían y confundirían sus recuerdos. Allí los encontró, adolescente, quien luego llegaría a ser el Dr. D. Nicolás León, y encontró, también, la sombra de D. Miguel Hidalgo y Costilla, el Rector que fue del Colegio diez y nueve años antes de aquel en que vino a encabezar la *revolución* de la Independencia de México. Junto a esa sombra encontró también la de aquel estudiante, de acerada voluntad, que hombre ya, rápidamente pasó por sus aulas en el último decenio del siglo XVIII, y que años después, convertido en

el cura D. José María Morelos, organizó tropas que fueron de victoria en victoria, contribuyendo a la Independencia Mexicana, y dió un verbo explícito y franco a las aspiraciones de los insurgentes en el Primer Congreso que hubo de reunirse para expresar la voluntad de los patrios mexicanos, primero en Chilpancingo y luego en Apatzingán.

En aquel Colegio en el que la historia de dos de los fundadores más ilustres de la cultura de la Nueva España y la de los dos próceres más grandes de la Independencia de México, parece combinarse para influir en el ánimo de todos los que a él concurren, fue en donde, a la vez que se encendía cada vez más el amor a la historia de México en el alma del joven estudiante D. Nicolás León, hizo éste sus estudios profesionales hasta obtener, el 10 de octubre de 1883, el título de Médico Cirujano.

Casóse en Morelia seis meses después, apenas acabado de recibir; como hombre que no concebiría posible vivir su vida, sino fundando para vivirla —tenía entonces 24 años y medio el hogar en que hubiera de desarrollarla.

Nombrado profesor de patología interna en el Colegio de San Nicolás el 2 de marzo de 1885, a los 17 meses de haber alcanzado el título de Médico, y Director de las salas de Medicina y de Cirugía de Mujeres, y del Departamento del Hospital Civil de la misma ciudad de Morelia, el 20 de agosto del propio año de 85, al año diez meses y diez días, no más, de haber obtenido su título, menos de seis meses después, el 2 de febrero de 1886, nombrósele Director del Museo de Michoacán; y dió prueba así quien a tal puesto lo llevó, de que se había hecho cargo ya del amor que a la historia natural, a la etnología de los pueblos indígenas, a su arqueología, a la historia de México había venido demostrando tener aquel joven médico, que a la vez estaba poniendo de manifiesto sus dotes de organizador en las salas de Medicina y de Cirugía, y en el Departamento de Maternidad del Hospital Civil, que se le habían confiado. Por haberse hecho cargo así de sus méritos su protector, el patriota general D. Mariano Jiménez, Gobernador del Estado, túvole siempre León agradecimiento y afecto fervientes. Director del Museo Michoacano por seis años y medio, hasta el 16 de agosto de 1892, cerca de seis meses después de la muerte del general Jiménez, no sólo infundió en aquella institución, el ilustre hombre de ciencia de quien vengo hablando, el espíritu de trabajo, de constancia y de entusiasmo que sabía poner en todas sus labores, sino que dió a conocer al mundo sus estudios por medio de los *Anales* que

para ese fin fundó, en los que publicó 31 de ellos, sobre sus ciencias predilectas, después de que otros, once o doce quizás, habían encontrado ya acogida en las columnas de la Gaceta Oficial del Gobierno de Michoacán.

Comisionósele en septiembre de 1891 —antes del fallecimiento del General Jiménez, que de Oaxaca era hijo—, para que organizara en Oaxaca el Museo Oaxaqueño, y llevó allá el mismo deseo vehemente de servir bien, que le era natural tener en las empresas que acometía. ¿No había sido ya, desde niño, en Quiroga y en Pátzcuaro; desde adolescente y joven, en Morelia, no seguía siendo por cuenta propia, no fue toda su vida curioso buscador y colector de ejemplares de historia natural, y de libros raros; y de objetos arqueológicos, y de testimonios de civilizaciones extinguidas; de productos de la tradición y del arte populares, y de residuos y secretos de la historia? Para el progreso del Museo de Michoacán como para el del Museo de Oaxaca, formuló y publicó instrucciones destinadas a los corresponsales de ambas casas de atesoramiento de elementos destinados a sus estudios: las primeras, en 1885, desde antes que se le hubiera nombrado Director; las segundas en Oaxaca, en 1892.

A todo ello había venido agregando otras labores, que sin desviarlo de las que con su vocación explican su vida, llevaban los frutos de ella a diversos centros de estudio: al Colegio de San Nicolás, en el que fue profesor de lengua latina, nombrado el 9 de agosto de 1887; al Museo Etnográfico de Leipzig, del que, sin salir de Michoacán, se le nombró Procurador de Etnología el 19 de noviembre del mismo año; a la Junta de la Exposición Internacional del año de 1888 en Morelia; a sociedades, a instituciones de investigación científica; a la Academia de Niñas de Morelia, de la que fue nombrado Profesor el 26 de marzo de 1888; a sus discípulos dedicó las notas de botánica, publicadas por él en 1889; y en 1890, las notas de técnica microscópica vegetal: extracto de sus lecciones orales.

Cuando al dejar de ser Director del Museo Michoacano, en agosto de 1892, tuvo que rehacer en otra parte su vida, rehizo la misma vida: Profesor de Ciencias Naturales en la Escuela Normal de Profesores del Estado de Oaxaca, el 24 de enero de 1893; en el año siguiente, el de 1894, a los 34 años de edad, vino a ser Preparador de Química y de Fisiología Vegetal en la Escuela Nacional de Agricultura, en San Jacinto, en las goteras de la ciudad de México, el 26 de marzo, y a vivir primero en la *Villa de Guadalupe Hidalgo* —así se llamaba entonces, con los dos nombres, acaso más universalmente amados por el pueblo de

México, la pequeña población que ahora ha perdido esos nombres—; así se llamaba: con el nombre de la Virgen de Guadalupe, cuya imagen arrastró en su seguimiento al pueblo mexicano, cuando el pueblo la vió en el estandarte blanco y azul de la guerra de Independencia tremolado por D. Miguel Hidalgo, y con el nombre de primer proclamador de la Independencia Política de México; así se llamaba la villa de cuyo Ayuntamiento fue el Dr. León Regidor Presidente.

¿Lo conocí yo en 1899? Mis primeros recuerdos de él son de 1899. Véolo en ese año en la sala de la Dirección de la Biblioteca Nacional dirigida entonces por el sabio D. José María Vigil, en una de las sesiones del Instituto Bibliográfico Mexicano fundado en julio de aquel año por el Ministro D. Joaquín Baranda, que con buen acuerdo pensó que si México había tenido desde 1536, gracias al Obispo Fray Juan de Zumárraga y al Virrey D. Antonio de Mendoza, la primera imprenta que en la América hubo, y si desde aquel año también tuvo México la primera biblioteca que en la América existió, la que trajo a México Fray Alonso de la Veracruz; que si desde el año de 1755 D. Juan José de Eguiara y Eguren publicó en México el primer tomo de la bibliografía mexicana que había venido formando con el más empeñoso celo, y si en 1817 el canónigo D. José María de Beristáin de Sousa, rehaciendo, completando, y en parte perfeccionando el trabajo de Eguiara y Eguren, emprendió en México la publicación de la nueva bibliografía mexicana que a su muerte continuó publicando su sobrino D. José Rafael Enriquez Trespalacios Beristáin; que si asimismo en México, a mediados del siglo XIX, el sabio D. José Fernando Ramírez había acopiado importantes adiciones y correcciones a la bibliografía de Beristáin, y en México también D. Joaquín García Icazbalceta hizo su monumento *Bibliografía Mexicana del Siglo XVI*, natural era que en México existiera un Instituto Bibliográfico. Individuo de él, yo desde el 7 de agosto de 1899, de él fue desde el 30 de octubre, el Dr. León; pocos días después de aquel en que el Ministro D. Joaquín Baranda acordaba con el Presidente de la República, D. Porfirio Díaz, que la *Bibliografía Mexicana del Siglo XVII* escrita por el Canónigo D. Vicente de P. Andrade fuera entregada para su publicación a la Imprenta del Museo Nacional. En las sesiones del Instituto, presididas generalmente por el Ministro Baranda, veía yo al Dr. León; comisionado luego, el 21 de abril de 1900, por el mismo Ministro, para que escribiera la *Bibliografía Mexicana del Siglo XVIII*, D. Joaquín presidió también la Sesión del Concurso Científico Nacional del año de 1900, en la que el

Dr. León leyó su *Memoria sobre la Bibliografía en México en el Siglo XIX*.

Se le nombró el 5 de septiembre del mismo año, Ayudante Naturalista del Museo Nacional de México, y pasó a ser Ayudante allí de Antropología y de Etnología el 9 de junio de 1902, en el año en que se publicó en el número 3 del Instituto Bibliográfico su *Memoria sobre la Bibliografía en México en el Siglo XIX*; en el año siguiente, el de 1903, elevósele, el 15 de junio, a la categoría de Profesor de Etnología del Museo. Confirmado así más y más su crédito científico, encontraba en México ambiente más amplio que el que en Morelia y en Oaxaca había tenido para acrecentarle, y elementos mayores en los que le fuese dable profundizar sus estudios. No sin contratiempos ni dificultades: a pesar de que, a cada momento más, fue siendo para él una especie de necesidad su vida en el Museo, se consideró en la precisión de renunciar a seguir prestando en él servicios, el 15 de abril de 1909; y cuando fue llamado de nuevo a prestarlos, especializado entonces como profesor de Antropología y Antropometría, el 9 de agosto de 1911 tuvo la pena de encontrar en parte deshecha y perdida la labor que en 1909 había dejado. Rehízola; y la prosiguió por trece años cinco meses y días más, hasta el 1º de febrero de 1925, en que por segunda vez pensó en que le era indispensable renunciar, y creyendo que jamás volvería al Museo se despidió de cuantas personas e instituciones se habían interesado por sus labores. No pasaron ni siete meses sin que lo llamara aún D. Luis Castillo Ledón, que antes que él había renunciado también a continuar siendo director del propio Museo, y que restituido a sus funciones le pidió que tornara él también a las suyas, como lo hizo en efecto, al concluir el mes de septiembre del mismo año.

Por contraposición a la contrariedad y la pena que tuvo en las dos veces en que, por fortuna de un modo pasajero, se separó del Museo, sintióse complacido cuando nuestra Facultad de Altos Estudios lo llamó a su seno como profesor de la misma. Para sus alumnos en ella, de Antropología Física y de Etnología Mexicana, arregló especialmente tablas cromáticas—según Broca, Martín y Fisher— de los colores de la piel, los ojos y el pelo, más comunes en los indios de México. Era yo Director de la Facultad en 1922, y tuve el gusto de verlo trabajar con indios de Xochimilco, acerca de los cuales hizo valiosas observaciones que pusieron de manifiesto cómo, a medida que iban pasando los años en que hacía sus observaciones, íbanse también aclaran-

do —debido sin duda a los progresos del mestizaje— los colores observados. Sólo su fallecimiento, ocurrido casi de súbito, pudo al fin separarlo del Museo Nacional, el 23 de enero de 1929, a los 69 años, un mes y 17 días de su vida.

II.—Su obra.

344 obras originales impresas, de las que 341 figuran en la lista de ellas, por el Dr. León publicada en 1925; 72 o 73 más, inéditas; 9 traducciones al castellano y 104 de varios autores reimprimadas por él, o por él por vez primera impresas. Por todo, 529 o 530, en 55 años de producción intelectual; desde la primera, titulada: "Hombres ilustres y escritores michoacanos.—Galería fotográfica y apuntamiento biográfico", que fue publicada en 1874 en Morelia, cuando León no tenía más que 14 años de edad, hasta el año de 1929 en que en plena actividad productora concluyó su vida corpórea.

Revisando los grandes grupos que de sus obras pueden hacerse, en el de *Antropología y Antropometría* figuran naturalmente los programas de sus enseñanzas y las notas de sus cursos; los catálogos de las colecciones del Departamento de Antropología del Museo; sus trabajos de vulgarización científica... Además, su *Historia de la Antropología Física en México*, publicada en el número 3 del volumen II del *American Journal of Physical Anthropology*, de Washington, con su Bibliografía Antroposomatológica. León fue toda su vida un autodidacto; pero aunque gracias a esto descubrió por sí propio sus iniciales derroteros, tuvo talento suficiente para tomar la actitud atenta de un buen discípulo cuando le cupo la fortuna de encontrar en su camino un buen maestro, y así, desde el año de 1898 en que — con la expedición científica Hyde—, vino a México, encargado de estudiar antropología física, el sabio antropólogo bohemio-americano Ales Hrdlicka —en conexión en aquellos años con el Museo Americano de Historia Natural—, el Dr. León le pidió que lo guiara con sus sabias enseñanzas, y aprovechando la larga correspondencia que con él desde entonces tuvo, perfeccionó más y más la técnica de sus estudios y de sus investigaciones, lo mismo en sus labores de descubrimiento y de organización de su saber, que como profesor en el Museo Nacional y en la Facultad Nacional de Altos Estudios, y en las publicaciones que hizo luego: su *Hoja Individual Antropométrica arreglada según la enseñanza Hrdlicka* (México, 1905); su *Guía para la nomenclatura en las observaciones de la Célula*

antropométrica del propio Hrdlicka (México, 1913), y su *Técnica Osteométrica* (México, 1914), así como en las obras que dejó inéditas: su *Técnica Antropométrica según la Enseñanza de Hrdlicka*, escrita por León para el curso que dió en 1918; sus *Notas de un Curso de Antropometría, Etnología, Prehistoria y Etnografía*, con especial referencia a México; y su *Memoria acerca de La Capacidad Craneana en algunas de las tribus indígenas de la República*, escrita en 1919 para el Congreso de Americanistas de Río Janeiro y los estudios que hizo en el mismo sobre *El Índice Craneométrico* de algunas de dichas tribus.

Entre sus estudios de *Etnografía y Etnología* merecen especial recordación los que hizo y rehizo, y publicó y continuó perfeccionando y completando hasta el fin de su vida, sobre los *tarascos*, primero en el tiempo en que fue Director del Museo Michoacano; luego en México, en 1903, en 1904, en 1906 y al fin, en tres partes distintas y otra especial sobre *Los Indios tarascos del lago Pátzcuaro*, entre las obras que dejó inéditas. Estudio etnográfico de análoga índole aunque de menor amplitud es el que publicó sobre *Los Popolocas*, en 1905, que prosiguió en 1906, que se completa con el que hizo sobre el *Vocabulario de la lengua popoloca, choca o chuchona*, publicado en 1912 y relacionado con el que dejó inédito sobre *Los indios popolocas de los Estados de Puebla y Oaxaca*. Forman asimismo parte de las muchas investigaciones que el Dr. León hizo en materia de Etnografía y de Etnología, sus estudios sobre la lengua de los indios llamados tepehuas, (México, 1903) que lo llevaban a asimilarlos a los totonacas; sobre *Las Castas del México Colonial*, publicado éste en 1924 y el del mismo año sobre *La Industria Indígena del papel en los tiempos precolombinos y en los actuales*, así como sus *Notas de Etnografía Mexicana* del curso del mismo año de 1924, inéditas, y su estudio acerca de los *Alimentos y bebidas de los actuales indios de México con noticias de su preparación culinaria e identificación científica de los vegetales, animales y minerales en ellos usados*, asimismo inédito.

En íntima relación con los estudios de Etnografía y de Etnología de la América están los de lingüística de sus viejas razas: el Dr. León estudió especialmente el *Origen, estado actual y geográfico del idioma pirinda o matlatzínca en el Estado de Michoacán*; como ya en otro lugar de esta reseña lo dejó dicho, el *Vocabulario de la lengua popoloca*; la *Existencia del dual en la lengua otomí* (México, 1904); *La lengua tarasca*, cuya gramática y diccionario, y varios de-

cuyos textos fueron traducidos y analizados en francés en el tomo XIX de la Biblioteca Lingüística Americana (París, 1895), por él mismo y por el psicólogo y filósofo Raul de la Grassarie, de quien yo leía con deleite hace 40 años los luminosos estudios que acerca de la "involución", o enrollamiento, "y del orden respectivo de las ideas reveladas por el lenguaje", del "origen" del mismo, y de asuntos análogos, publicaba entonces la Revista Filosófica.

Entre los estudios de lingüística del Dr. León figura especialmente el que en el tomo II de *L'Année Linguistique*, se publicó en París en 1904 sobre *Las Lenguas Indígenas de México en el siglo XIX*, y el *Ensayo de Clasificación* que, con el nombre de *Familias Lingüísticas de México*, presentó en 1901, en la Sociedad Científica Antonio Alzate, y publicó de nuevo revisándolo cuidadosamente por cuarta vez, en 1921. El interés que tiene ese estudio consiste en que en él su autor resumió sus propias observaciones y las de los filólogos mexicanos a la vez que las conclusiones a que habían llegado ya distinguidos filólogos americanos y alemanes —entre ellos Powell, Britton, Saper, Stoll y Selser— para formular una nueva clasificación que agrupa los idiomas y dialectos de México —20 vivos y 62 desaparecidos, según Orozco y Berra (1864),— en 17 familias, reducibles probablemente en lo futuro, así lo creía León, siguiendo en este punto la opinión del sabio jesuita Aquiles Gerst, individuo correspondiente de la Academia Mexicana correspondiente de la Española, a sólo tres lenguas madres, la otomí, la maya y la nahua. Hizo el Dr. León más grande el valor de su ensayo, con los documentos lingüísticos, de las lenguas zapaluta, comiteca, tzendal, otomí y cuitlatexa, y del dialecto tepehua, que le sirven de complemento.

Del dominio de la *Arqueología* merecen citarse entre los estudios del Dr. León, además de los que hizo sobre la de Michoacán, su guía histórica y descriptiva titulada *Lyobas o Mictlén*, publicada en 1901, que no sólo es valiosa porque pone de manifiesto los conocimientos que en 1901 se tenían sobre aquel centro de la cultura zapoteca, sino porque están excelentemente ilustrados; su *Guía Arqueológica de la República Mexicana* y sus catálogos de las colecciones de antigüedades huavis del Estado de Oaxaca, y tecas y matlatzincas del territorio michoacano existentes en el Museo Nacional.

Atención constante, inteligente y minuciosa recibió del Dr. León la bibliografía, cuyos estudios, descubrimientos y publicaciones bastarían

para perpetuar la memoria de aquel sabio investigador; sin repetir lo que ya a este respecto dije, recordaré solamente que principiando por él el estudio de la bibliografía mexicana del siglo XVIII en Morelia, después de publicada la primera sección de la primera parte del mismo en los Anales del Museo Michoacano en 1890, llegó hasta la 6ª parte en México, con seis volúmenes, en los años de 1902 a 1908, y dejó inédita la séptima parte; a esta obra habrá que agregar su monumental *Biblioteca Botánica Mexicana*.— *Catálogo bibliográfico, biográfico y crítico de autores y escritos referentes a vegetales de México, y a sus aplicaciones desde la Conquista hasta el presente* (Suplemento a la "Materia Médica Mexicana", publicado por el Instituto Médico Nacional en 1895); su *Ensayo de un Catálogo de Planos de la Ciudad de México*, que vio la luz en los tomos I y II del Boletín Municipal de México, en 1902; sus *Notas Bibliográficas sobre la Obstetricia en México*, y su *Bibliografía Bibliográfica Mexicana*, publicada en 1923; fuera de lo cual están inéditas: su *Bibliografía Médica Mexicana*, su *Bibliografía Mexicana de las ciencias matemáticas generales y aplicadas en los siglos XVI, XVII y XVIII*, escrita en 1919, y sus *Notas sobre Técnica Bibliográfica y sobre Bibliografía Mexicana*, escritas para los cursos de invierno de la Facultad de Altos Estudios en los años de 1922 a 1924; todo lo cual será debido completar con la bibliografía de las obras del Dr. León, que rehecha por él varias veces, se publicó por la última, en 1925.

En materia de obra histórica del Dr. León, son dignos de señalarse con especialidad: el *Compendio de Historia General de México, desde los tiempos prehistóricos hasta 1900*, publicado en México y Madrid en 1901; la Biografía del más grande de los educadores y amigos de los indios de Michoacán, el ilustre D. Vasco de Quiroga, publicada en 1903, que aunque yo no pueda considerar superior a la Vida de D. Vasco escrita por D. Juan José Moreno en 1766, es digna de toda estimación, y revela cuánta es la veneración que su autor tuvo siempre por el primer Obispo de Michoacán.

En el año siguiente, el de 1904, escribió y publicó el Dr. León un "In Memoriam" de Fray Antonio de San Miguel Iglesias, el insigne 33º Obispo de Michoacán, a quien se debe en gran parte, la admirable encuesta en cuya formación trabajó D. Manuel Abad y Queipo, por la que nos es dable hacernos cargo de las condiciones económicas y morales en que se encontraban las varias clases del pueblo mexicano en las postrimerías de la época colonial. Excelente es tam-

bién la Vida, que el mismo D. León escribió en 1904, de aquel eminente historiador mexicano, D. Alfredo Chavero, cuyos méritos a menudo se desconocen cuando se achacan parte de sus luminosas lucubraciones a vanos productos de su imaginación, sin darse cuenta de las fuentes de su saber que él no señaló expresamente en cada uno de los pasajes de su *Historia Antigua de México*, en donde, de haberlas él señalado, habrían dado a gran número de sus asertos autoridad indiscutible.

Doce años después de sus biografías de Fray Antonio de San Miguel y de D. Alfredo Chavero, escribió y publicó en 1916, la de un bibliófilo y bibliógrafo de excepcionales merecimientos, D. José María de Agreda y Sánchez, cuyo inmenso saber fue puesto siempre por él liberalmente al servicio de cuantos a él acudieron.

Al Dr. León débense sesudos estudios sobre el Códice Yanhuítlan existente en la ciudad de Puebla; sobre el Oroz, el Jiménez y el Sierra, así como sobre *Benefactores insignes de la ciudad de México*; y *Tradiciones y leyendas piadosas de México*, de importancia estas últimas para entender la psicología y la historia de México, que además de los altares visibles de sus iglesias, tiene aún como expresión de sus sentimientos religiosos un altar en la mayoría de los hogares mexicanos. ¿Cómo podría yo mencionar en fin, en esta rápida revista de las principales obras del Dr. León, otras dos de historia, inéditas, que seguramente han de haber sido hechas por él con la cuidadosa solicitud que solía extremar en las suyas, sobre todo si eran de asuntos que particularmente le parecieran dignos de su dedicación? Refiérome a su "*Diccionario popular y manual de historia antigua de México*", que "*contiene noticias sobre la Antropología, la Etnología y la Etnografía, la Filología y la Arqueología Histórica y Prehistórica de todas las razas de México, desde los tiempos más remotos hasta los actuales, y breves indicaciones bibliográficas*", cuyo sólo nombre incita a procurar conseguir que pronto tal diccionario se de a la luz de las prensas, y me refiero también a los *Documentos y noticias inéditas o poco conocidas* referentes al varón ejemplar que fue *Fray Julián Garcés, primer Obispo de Tlaxcala*, el gran defensor de los indios, a quien la América debe una inmensa deuda de gratitud, por haber sido él el autor de la elocuente carta que dirigió al Pontífice Paulo III; que fue parte principalísima para que éste expidiera su bula del 2 de junio de 1537, por la que, al declarar que por el infame, falso y monstruoso pretexto de que la raza indígena no es capaz de entender el Evangelio, no se puede

dejar de enseñársele, condenó la esclavitud que contra ella y contra las demás razas que entonces estaban siendo conquistadas o pudieran llegar a serlo se imponía o se trataba de imponer; lo mismo que condenó todo atentado contra sus personas y sus propiedades.

Los conocimientos que en materia de ciencias naturales poseía el Dr. León, que le permitieron llevar a feliz término aquellas de sus obras que a las mismas ciencias se refieren, le dieron la posibilidad de emprender una sobre la flora y la fauna mexicanas, representadas en el Códice Florentino de la *Historia de las Cosas de la Nueva España* por Fray Bernardino de Sahagún, que ha llegado a mis noticias que quedó inédita, y que es de temerse que haya desaparecido, porque de ella poco se sabe. Inédito quedó también su estudio sobre *La Xilografía y la Chalchografía en México, desde la conquista hispánica hasta el año de 1835, con el álbum de más de 2,000 grabados*.

De las 104 en fin, de varios autores, reimpresas por él o por él por vez primera impresas, es imposible no recordar, a lo menos, los *Cuatro libros de la naturaleza y virtudes medicinales de las plantas y animales de la Nueva España* — extracto de las obras del Dr. Francisco Hernández —, anotados, traducidos y publicados en México el año de 1615 por Fray Francisco Jiménez, religioso lego dominico (Morelia, 1888). Imposible también no mencionar en esta breve revista, las actas y demás documentos del *Cuarto Concilio Provincial Mexicano, celebrado en la ciudad de México el año de 1771, que se imprimieron por primera vez en 1898 a expensas del tercer Obispo de Querétaro, el Dr. D. Rafael Sabás Camacho*, y el *Arte de la lengua tarasca por el Padre Fray Maturino Gilberti*, impreso en México en 1858, reimpresso asimismo en México, en 1889, bajo los auspicios del Ministro D. Joaquín Baranda.

Resumen y conclusión.

Las obras todas del Dr. León, bibliógrafo, lingüista, antropólogo, etnógrafo, etnólogo naturalista, historiador, folklorista, profesor, médico, se refieren a México; en México pensó toda su vida y toda su vida sirvió a México; por el Dr. León algunos de los problemas oscurísimos que a México se refieren, están menos lejos de su solución que como estaban antes de él. En ellos pensaba siempre y por eso rehacía los estudios que a ellos se referían y los perfeccionaba sin cesar. Por eso también no abordaba uno sólo has-

ta dejarlo definitivamente estudiado y resuelto; porque sabía bien que las ciencias no dicen jamás, en ninguna materia, palabra alguna que pueda considerarse definitiva. Dispuesto siempre a reconocer sus errores y a rectificarlos apenas llegara al convencimiento de haber incidido en ellos, sabía también que unas a otras se ayudan las investigaciones científicas; a veces, aun las que se diría que menor relación pueden tener unas con otras.

El Dr. León representó, por eso mismo, en la brevedad de su vida individual, una parte interesante de la vida milenaria de la ciencia. Sabio como era, sabía que las investigaciones científicas tienen que ser escrupulosas, ordenadas, metódicas, profundas, y no apresuradas ni superficiales, ni desordenadas; y que no pueden despreciar detalle ninguno, por más insignificante que a los ojos del vulgo pueda aparecer, porque bien estudiado enseñará la significación que en un conjunto más vasto tenga. Por eso es por lo que, quienes a su juicio no reunían las cualidades que el investigador científico debe tener y quienes a su parecer no sabían respetar tales cualidades, fácilmente lo orillaban a impacientarse. De ello provinieron algunas de las dificultades

con que en su vida hubo de tropezar, y en su contra los malos resultados consiguientes.

Los que lo trataron más a fondo, y que no eran fácil y violentamente irritables, que por lo mismo no paraban mientes en asperezas de su estilo, o no les daban la importancia que personas demasiado susceptibles dan a *salidas de tono* accidentales y sin consecuencia, se hicieron cargo de que aquel hombre, en apariencia a veces intratable y brusco, tenía tesoros de bondad escondidos bajo la rugosa capa de sus intemperancias de lenguaje; que era, si amigo, leal y firme, y que no olvidaba los beneficios y las atenciones de que hubiera sido objeto; que sabía regarlos constantemente con el agua viva del agradecimiento.

Sobre el océano de la muerte sobresalen las virtudes y los méritos de los hombres, como sobre el mar las cimas de las montañas que bajo él se han hundido. Sin duda, el Dr. León tuvo grandes virtudes y méritos. Que esta conferencia y el retrato del Dr. León, visible desde hoy en el Departamento de Antropología de la Universidad Nacional de México, recuerden y sugieran las excelencias del trabajo honrado, limpio, sincero, ordenado, perseverante y franco de que el Dr. León fue constante ejemplo en el culto que toda su vida tributó a la patria y a la ciencia.

LAS FUNCIONES DEL DEPARTAMENTO AUTONOMO DE PUBLICIDAD Y PROPAGANDA

P o r e l L i c . J O S E R I V E R A P . C .

Conferencia sustentada por el autor, Oficial Mayor del DAPP, el 5 de junio de 1937, en el Palacio de Bellas Artes.

LAS transformaciones políticas operadas constantemente en el desarrollo de México, y especialmente las que han tenido lugar durante el periodo revolucionario, a menudo dejan sorprendidos —por la rapidez con que han tenido lugar, y aun a veces por la aparente contradicción con que se han sucedido— a quienes, sin reflexionar hondamente en la naturaleza misma de la nacionalidad, juzgan que ésta podría continuar plena de energía y cumpliendo sus destinos dentro de cánones establecidos y dentro de formas consagradas por la tradición, por la costumbre y aun a veces por el hábito. Pero si se comprende que,

como nacionalidad, está sometido México a un permanente impulso de superación de sí mismo, de elevación de lo obtenido, de incremento de lo alcanzado, no puede sorprender el que, presa de una noble inquietud por perfeccionarse continuamente, busque, anhelante, las nuevas formas, los nuevos senderos que hayan de colocarlo en una situación ahora mejor que ayer y mañana mejor que hoy.

Nadie ha dudado nunca en México, y menos aún durante los diversos regímenes revolucionarios, que el eje cristalizador de esta tendencia al mejoramiento constante lo sea el Gobierno; y atribuyéndole esta facultad, o deseando la opinión pública que asuma otras no consagradas todavía legalmente, no sólo espera que sea ese eje cristalizador, sino que aun exige que se constituya en el centro vivificador de toda la marcha de la nacionalidad.